

# Bodas de oro

Por LAURA DOMINGO AGÜERO

**L**a Fiesta para mí no terminó, se guardó en mi memoria afectiva, en mi corazón. Así se refiere Carmen Comella, religiosa del Sagrado Corazón a la celebración de sus Bodas de Oro el pasado 19 de noviembre de 2007 en la Párrquia del Rosario.

En una sociedad muchas veces apartada de los compromisos eternos, no resulta habitual encontrarse con mujeres como ella, que luego de cincuenta años de fidelidad a Jesucristo, manifiesten, detenidas ante el altar, la renovación de sus votos de obediencia, pobreza y castidad.

Carmen, que un día fue también una niña más entre los diecisiete hijos del matrimonio español integrado por Juan Comella y Asunción Anglada, recuerda de una manera muy especial el entorno afectivo en el cual nació y creció.

*El haber sido muchos hermanos fue para mí muy importante. Me ayudó a pensar en los demás, a ser solidaria y a tener sentido de familia. Mi casa era muy alegre y en la misma predominaba un gran espíritu de fiesta.*

En sus progenitores encontró no sólo el amor, sino también las esencias de la religión a la que luego dedicaría su vida. Aprendió a valorar la fuerza de las costumbres, que con los años crean lazos de afinidad y mutuo entendimiento.

*Mis padres no solían ser demasiado escrupulosos ni prohibitivos con nosotros. Nos alentaban en el juego, la diversión y la creatividad –me comenta– Creo que me legaron un recuerdo muy positivo. Los momentos de fiestas eran muy importantes, porque ellos se interesaban y casi empeñaban en darle un especial sentido a la Navidad y las celebraciones de santos, por mencionar sólo dos, y eso me marcó mucho. Pronto aprendí que las festividades*

*tienen un alma que no se la da las cosas materiales, sino la alegría que uno aporta para compartir con los demás.*

La fe, por tanto, nació del cúmulo de detalles que la rodeó aquellos primeros años. –*Mi familia me ofreció el regalo verdadero de la fe en Cristo*–. Asunción sentía sin lugar a dudas una honda devoción católica, y lo demostraba a través de los ritos mantenidos especialmente con los bebés que tan a menudo traía al mundo.

Carmen la recuerda haciéndoles la señal de la cruz luego del baño y bendiciendo los alimentos por ellos cuando eran incapaces de realizarlo por sí solos. Con estos detalles, apreciados inmediatamente por los niños, fue posibilitando la acogida del “hombre” que conquistaría, con apenas 20 años, a la cuarta de sus hijas.

Los primeros estudios, como todos sus hermanos, los realizó en un colegio religioso. Al terminar el bachillerato partió por un año rumbo a España y fue entonces que decidió iniciar su preparación para la permanencia con Dios durante el resto de su vida. A partir de entonces y en no mucho tiempo, los proyectos que había iniciado fueron quedando definitivamente atrás.

Carmen nos ha comentado a los jóvenes, que no fue muy difícil elegir el camino, cautivada por las huellas de Magdalena Sofía. Para ella, tal y como en algún momento le expresara a su madre, *las religiosas del Sagrado Corazón son mujeres serias, de fe, que nunca dicen tonterías ni se les escucha hablar mal de nadie.*

En Puerto Rico estudió la carrera de letras en la misma universidad donde luego fungió como profesora por quince años. Pero al cabo de este período, encontró un nuevo horizonte que determinó seguir.



*Un día sentí la llamada de venir a Cuba, y regresé cuando contaba ya con 48 años. Fue una decisión muy difícil, venía a lo desconocido, porque aquí ni siquiera me quedaba familia, y además dejaba atrás el trabajo fascinante de la Universidad.*

Ciertamente, el antiguo nido de convivencia familiar de la calle 15, en el Vedado, era ahora una lejana y casi extraña edificación que ni siquiera le pertenecía.

Dos décadas después de aquel 1º de enero de 1959, muchas cosas habrían cambiado social, económica y políticamente en la Isla. Los primeros cinco años los pasó en la aún más desconocida para ella ciudad de Santiago de Cuba, donde a pesar de las dificultades para la adaptación conoció un nuevo tipo de pastoral con niños, y creó fecundas amistades, como la de monseñor Dionisio, hoy arzobispo de Santiago.

Extrañaba no pocas veces la relación madura que acostumbraba a entablar con los estudiantes universitarios.

Sin embargo, en estos momentos considera haber sido muy feliz, *porque la felicidad –afirma–, no está en lo que uno hace, sino en con quién uno se relaciona, en los proyectos que lleva a cabo y en la alegría de vivir.*

*El mismo Señor que me sedujo a los 20, continuó haciéndolo en aquel momento y por eso nunca me he sentido sola. He vivido en su compañía.*

Pasado este tiempo regresó a La Habana y específicamente a la Párroquia del Rosario, donde ha permanecido desde entonces.

*Hoy tengo necesidad de dar gracias de una manera especial por esta comunidad del Rosario, con la que he compartido en los días de oscuridad y en los de luz, en los de soledad y en los de compañía. Cuánta gente profundamente buena he encontrado aquí, que comparten desde sus dones y pobreza todo lo que tienen.*

Estas fueron palabras de la homenajeadada en la noche del pasado 19 de noviembre, ante el templo abarrotado de personas como pocas veces yo había visto. Sentados o de pie, todos la escuchaban en silencio. Quizás fue este momento de acción de gracias lo que más conmovió a los presentes y lo que mejor guardaremos en nuestra memoria.

Carmen es una mujer que además sabe compartir y reflejar juventud. No en vano entre los jóvenes y ella ha habido siempre una afinidad muy particular.

*Creo que de los jóvenes hay que esperar muchas cosas aunque tarden en hacerse visibles. Siempre he encontrado una respuesta de vida y gratitud en ellos. No sé lo que espero ahora de su parte con precisión puesto que los tiempos y la vida cambian constantemente, pero en definitiva, siempre es algo positivo. Son germen de vida siendo eso lo que ofrecen, y son símbolo de continuidad.*

La amistad más que un valor, es un sacramento para estas féminas, que aprenden a compartir el amor y la fe en la fraternidad de la Congregación. Según Carmen, la amistad es un don sagrado en el que cree absolutamente, por eso -agrega- *lamento tanto la lejanía de un amigo, y de uno de estos muchos hijos que me ha dado la vida. He vivido una verdadera maternidad con niños y jóvenes que Dios me ha puesto en el camino, con los que he creado lazos entrañables. Cuando en el Rosario había muchos jóvenes, yo vivía con ellos prácticamente desde la mañana*

*hasta la noche y en todo este tiempo, la vida nos ha seguido acompañando sin que se haya afectado la aproximación.*

*Recuerdo excursiones inolvidables, como la que hicimos al Pico Turquino, porque requirieron esfuerzo, preparación, muchas lágrimas, frustraciones y también éxitos compartidos. Estos retos unen a las personas de una manera admirable. A veces pienso que fue una locura aventurarme a ir hasta allá con tantos muchachos, pero hoy ha trascendido como una de las experiencias más recordadas y disfrutadas por todos.*

Carmen Comella se siente una mujer indiscutiblemente cubana. Según refiere, en su casa se vivió mucha cubanía a pesar de la nacionalidad española de sus padres. *Reconozco que hemos vivido momentos difíciles, pero, ¿qué pueblo no se ha tropezado con tiempos de dificultad? La historia no se debe juzgar con la visión del presente; ella misma nos ilustra con ejemplos de desterrados y héroes que han padecido y ofrecido sus vidas por determinados ideales.* -Y luego de una pausa, señala: *Seguramente hubiera querido que ciertas cosas ocurrieran de otro modo por evitar la dolorosa separación familiar, pero he aprendido a aceptarlo como parte del contexto que nos rodea. No lo justifico ni menosprecio, mas trato de vivir el presente con entereza, teniendo muy claro que Cuba sigue siendo mi país por encima de las circunstancias difíciles y de las transformaciones que deba atravesar.*

En Carmen existe una envidiable amalgama de sensibilidad y de racionalismo. Se autodefine como una mujer fuerte y amante de la vida, capaz incluso de dominar los sentimientos que en ella son fáciles de encontrar.

Le gusta disfrutar de las pequeñas cosas, de los detalles que a muchos les cuesta advertir y sobre todo de las vísperas, porque según dice, encierran un gran encanto: *Significan lo desconocido, lo que genera expectativa, ilusión, sorpresa y por*

*eso la vivo con gran intensidad. Es la preparación personal para algo específico.*

La fiesta continuó una vez terminada la misa. Además de los miembros de la comunidad, con ella compartieron sus familiares, que vinieron del extranjero expresamente a la celebración, amigos de la infancia, religiosas de diversas órdenes, seminaristas y sacerdotes. Cuando ya oscurecía tuvo lugar una actividad recreativa en las afueras del templo. Muchos habían sido los implicados en preparar cada momento con una exquisitez absoluta. Éramos tantos, que por instantes se me ocurrió dudar si Carmen notaría los pequeños aportes, cargados de cariño, que había entregado cada uno.

Allí hubo música, bebida, comida, baile y sobre todo, mucha alegría. No sería ambicioso afirmar que cada quien disfrutó al máximo según la manera que prefirió, y que junto a la homenajeadada, se rebosaba felicidad.

*Gocé mucho mi fiesta* - nos confesó luego Carmen - *porque estuvo rodeada de grandes cosas pequeñas. El Señor, "Ese" que me sigue seduciendo, ha estado grande conmigo y con todos los que han hecho, como siempre deseé, suya la celebración...*

Cerca de las doce fueron recogidas las sillas y las mesas, se apagaron las luces y se retiró el cartel enorme en el que se leía: "Felicidades Carmen". La Iglesia quedó sumida en la oscuridad y en el silencio. Sin embargo, las piedras del templo conservarán por mucho tiempo el eco de tanto entusiasmo. En algún lugar de este mundo seguirán sonando las notas del grupo musical que animó la velada y se conservará la imagen de la bailarina que a través de su danza quiso encarnar el amor abundante en Carmen y las religiosas del Sagrado Corazón. Un banco de la capilla guardará las lágrimas de un seminarista emocionado y algún anciano contará que aquella noche regresó a su casa apretando entre sus manos, una flor.

